

Luis A. Fallas

Homenaje a Ángel J. Cappelletti *In memoriam*

Conocimos al Dr. Ángel J. Cappelletti cuando se le invitó a ofrecer un curso (sobre el epicureísmo) para el restablecimiento del doctorado en Filosofía en nuestra universidad. Algunos habíamos tenido la oportunidad de leer unos pocos artículos suyos y uno que otro libro, pero en general prácticamente se le desconocía; como parece ser habitual en nuestros medios académicos, donde tendemos sólo a mirar hacia el norte, como si el sur fuese menos, quizás como si el Tapón del Darién siguiese inexpugnable. Luego conversando con él nos vinimos a dar cuenta no sólo del extraordinario manejo de la filosofía que poseía, sino también de su copiosísima producción bibliográfica (en ese momento decía tener publicados al menos 82 libros y cerca de 1000 artículos en revistas: Si es que diésemos crédito al conocido aforismo bíblico "por sus obras los conoceréis", bien lejos estaríamos de creernos ese juicio de que "conocimos al Dr. Cappelletti").

Herederero del rigor y la erudición que aprendí de su maestro Rodolfo Mondolfo, este argentino, en ese momento radicado en Venezuela, tenía un manejo extraordinario de los pensadores griegos antiguos, además parecía asumir con una admirable pasión su estudio: cosas que no conocíamos en el típico filósofo latinoamericano. De hecho más allá de lo que se ha producido en los últimos años en Argentina, específicamente sobre estudios platónicos, no llegábamos siquiera a imaginar el camino trazado por algunos de nuestros hermanos del sur en este campo.

Pese ello, mucho de la labor de nuestros estudiosos americanos del pensamiento antiguo está más en la línea de la difusión, que en la de un significativo aporte a nuevos senderos. De hecho el profesor Cappelletti dedicaba buena parte de su

tiempo a dar a conocer aristas antiguas descuidadamente olvidadas por nuestras gentes, y nos recordaba a los que fuimos estudiantes suyos cómo no debíamos dejar publicar a este propósito. [Aunque su trabajo nos sobrepasaba de manera excesiva: no parecía descansar, como sabiendo que mucho tiempo no le quedaba, al punto de que el proverbio latino *nulla dies sine linea* parecía quedarle corto (en el mes en que estuvo en estas tierras centroamericanas terminó de escribir al menos dos artículos para revistas, a más de haber hecho una significativa investigación sobre el aporte a la filosofía por parte de nuestro país; todo ello junto al ciclo de charlas que se le pidió ofreciese.)].

No obstante, la atención a la comunicación no obviaba de ninguna manera la calidad y la rigurosidad de su trabajo. Para mostrarlo tomemos hoy un ejemplo en su faceta como estudioso del pensamiento antiguo: el libro *La filosofía de Anaxágoras* (Sociedad Venezolana de Filosofía, Caracas, 1984) a mi modo de ver, lo mejor que escribió en este campo.

Este desdichadamente poco difundido texto muestra el esfuerzo por dar a conocer la filosofía de uno de los más grandes presocráticos, pero no en la simpleza de la mera transmisión de sus características generales, sino en y desde la compleja erudición de la filología y filosofía desarrolladas por lo común en la región europea. Un libro que aparenta decirlo todo, hasta lo que el especialista encontraría vano: "No se desdeñe una información que a ciertos críticos europeos pueda parecer superflua, pero que es indispensable al lector latinoamericano, muy alejado por lo general de las fuentes" (prólogo).

Allí lo primero que nos ofrece el profesor Cappelletti es una traducción de los textos de la

amplia doxografía anaxagórica y los fragmentos probablemente auténticos, conforme al orden establecido por Diels y Kranz [conocemos en español otras versiones, pero la mayoría incompleta: de hecho no existe una traducción bien llevada del trabajo de estos alemanes; versiones como la publicada por la editorial Gredos, *Los filósofos presocráticos* (1978-1980), son esfuerzos excelentes (por cierto realizada por especialistas argentinos), pero que quizás muestran la ostentación de establecer órdenes y escoger los textos que mejor les parecen, sin que se llegue a un estudio exhaustivo. El profesor Cappelletti, quien buena parte de su labor académica la dedicó a la enseñanza de las lenguas clásicas, se muestra por lo que sabemos del griego como un excelente traductor. Lástimosamente el texto no presenta los textos griegos; aunque ello podría solventarse fácilmente en una edición más cuidadosa del libro.

En paralelo a esta traducción se ofrece una enorme cantidad de notas eruditas a los textos: de los testimonios en número llegan 656 (80 páginas con la típica letra minúscula de las notas), de los fragmentos a 76 (al menos ocho veces más de texto que lo que presentan dichos fragmentos: sólo las notas al primer fragmento, que no supera las seis líneas, son cuatro apretadas páginas) [si sumamos estas a las notas que poseen los capítulos que luego aparecen en este libro, el número sobrepasa las 1300 notas]. Este trabajo es dispar: se encuentran algunas reiteraciones que pueden resultar innecesarias; todo parece indicar que fue elaborado a lo largo de mucho tiempo y quizás no está muy unificado (excepto desde el punto de vista doctrinario: las tesis interpretativas del pensador son llevadas consecuentemente). La bibliografía utilizada en la elaboración de estas notas es quizás la mejor que se podría esperar hasta fines de los años setentas: a este propósito habrían textos claves para el desarrollo de las mismas: las obras de Guthrie, Zeller (a quien consideraba todavía el más importante helenista contemporáneo), Lanza, Cleve, Tannery, Zafiropulo, además de una infinidad de artículos de revista (a este propósito don Ángel, según nos contaba, tuvo la oportunidad de visitar gran cantidad de veces las más importantes bibliotecas europeas). Por supuesto, la mayor parte de la bibliografía que maneja está escrita en alemán, inglés y francés, lenguas que dominaba con solvencia.

La mayor parte de este trabajo es erudito y filológico: un solo ejemplo: su precupación por presentar todas las interpretaciones de la palabra

ὁμοιομερή (nota 26): cita aquí al menos los siguientes filósofos y autores: Aristóteles, Platón, Diels, Lucrecio, Simplicio, Aecio, Diógenes Laercio, Epicuro, Sexto, Plutarco, Filopón y Temistio; entre los modernos a Schleiermacher, Ritter, Hegel, Breier, Zeller, Huit, Burnet, Mondolfo, Dentler, Ross, Tannery, Schaubach, Marbach, Zevort, Dümmler, Heize, Covotti, Calvetti, Cornford, Bloch, Cirunelli, Peck, Mathewson, Gomperz, Munro y Guthrie. Respecto de la valoración sobre la palabra al final toma partido en favor de atribuírsela al mismo Anaxágoras [lo cual resulta muy curioso porque tanto los argumentos de unos y otros son aparentemente insuficientes]. A este propósito es extraño encontrar en estas notas opiniones personales radicales, aquí aparece Cappelletti como un escritor que no quiere apasionarse en exceso por los adelantos históricos del pensador que estudia, así como las posibles doctrinas validables en nuestro mundo contemporáneo, más se sujeta al establecimiento consistente de las posibilidades interpretativas en las fuentes. Muchas de las notas hacen referencia a cuestiones divulgativas: el autor del texto, su importancia, etc., esto es lo que puede resultar más tedioso del texto, aunque es sumamente útil para el lego en la materia, lo cual tratándose de un autor de esta clase es lo común entre nosotros.

En la segunda parte del libro Cappelletti, titulada "exposición de la vida, obra y pensamiento", desarrolla una explicitación general de las doctrinas más conocidas del pensador clazomenio. De los ocho capítulos que constituye esta sección son quizás los primeros cuatro los más interesantes, y muy en particular los relativos a los conceptos de materia y *νοῦς*. Según Cappelletti, el *nous* es un elemento material de características cuasi-divinas que posibilita tanto una justificación mecánica como teleológica del desarrollo de la naturaleza. Por su parte la famosa propuesta anaxagórea "todo está en todo" la explicita así: en cada cosa hay infinitas cosas en una unidad originaria y prístina: cada cosa sintetizada y diversamente distribuida; recuérdese que lo que determina una cosa es el número de homeomerías semejantes, o semillas iguales.

Esta serie de capítulos tienen un mismo estilo de redacción, pero probablemente no estén pensados como para constituir un solo libro, más bien semejan artículos bien definidos y delimitados. En efecto, el lector de la *Revista Venezolana de Filosofía* encontrará que buena parte de los artículos los había ya publicado en esta misma. Los

que tuvimos la oportunidad de ver trabajando al profesor Cappelletti nos dimos cuenta de que esta parecía ser su manera de estudiar y escribir. Dentro de esa diversidad que manejaba eruditamente iba sacando a la luz desarrollos específicos: puntuales estudios de algún autor o tema, que más parecían compromisos con las distintas revistas o editoriales con las que entraba en relación, entre las que debemos por suerte contar a la nuestra. Más junto a esa capacidad de enfoque sumaba siempre en algún momento la contextualización general que le daba el acabado debido y que de alguna manera respondía a una concepción que trataba de seguir consecuentemente.

Un libro como *La filosofía de Anaxágoras* no es más que el fruto de una serie de estudios llevados por bastante tiempo sobre un autor que se puede unificar a partir de la elaboración de un aparato crítico como el que habría logrado en la primera sección. Para el iniciado en el estudio de estos menesteres esa segunda parte es una breve reseña de las consecuencias de lo dicho en las notas, reseña de carácter divulgativo y acaso para adornar con la eficacia de la claridad lo que en la inmensidad de un mar de datos ya estaba bien determinado.

No obstante, en esas secciones se encuentran algunas perspectivas que llaman la atención. Anaxágoras se presenta viviendo una época de transición de radical importancia para la filosofía. Primeramente, es el que podemos llamar "el más físico de los físicos": es la culminación del pensamiento materialista jónico, fundamentalmente en la línea que se desarrolla en correspondencia con la escuela milesia, que como bien sabemos tiene en Anaxímenes como su conformador: recordemos a ese propósito que en su cosmología preponderan los elementos aire y éter de frente a toda infinitud de semillas, así como el mecanicismo que establece en la determinación de todas las entidades cósmicas. Pero también el clazomenio es quien da una de las respuestas más consistentes al pensamiento eleático: bajo el supuesto de la pluralidad el "todo está en todo" diluye el problema de la transición del no ser al ser. Incluso es un pensador capaz de asumir las paradojas zenonianas, al punto que parece utilizarlas en su favor: la infinitud es parte primordial de su consideración de la materia. Si a esto le podemos llamar *eclecticismo*, resulta mucho más consecuente y sostenible, para hablar a tono con nuestro gobierno, que el empedocleano. Desde el punto de vista jonio, el pensamiento anaxagórico es la resurrección de la filoso-

fía de altos quilates, el peldaño que permitirá llegar al extremo del atomismo.

Más, por otro lado, constituye Anaxágoras el primer gran filósofo que tiene cabida en Atenas, la ciudad que a mediano plazo se convertirá en metrópolis de la filosofía. Su fama como amigo de Pericles, después de una llegada desusual, con la invasión de Jerjes (tendría unos 20 años de edad), pero especialmente como filósofo que forma al gran estadista, es fundamental, en la lectura de Cappelletti, para desarrollo del período de "las luces" griego: la ilustración tiene un primer faro iluminador que llegaron a conocer con el mote de "nous". En efecto, su proposición de la inteligencia como principio fundamental del macro y microcosmos, trae como consecuencia una supervaloración del espíritu: acaso correspondiente con lo que más agrada al ateniense y muy a pesar de la que podría ser la intención del mismo Anaxágoras. El reflejo más significativo de ese aprecio por la racionalidad quizás sea su ideal vital: el βίος θεωρητικός (posiblemente de origen pitagórico): la contemplación del cielo y el orden existente, que nos abren la ventana a la única divinidad [recuérdese que fue acusado de ateo], aquella que es el sentido de nuestra mortalidad.

De esta manera tan especial, con sus dos grandes temas viene a ser ocaso en la filosofía presocrática y orto de la plenitud del pensamiento griego. Pero la figura de Anaxágoras tiene algunos atractivos que se reconocen en una larga serie de referencias testimoniadas por los antiguos, allí aparece como un cosmopolita: "mi patria es el cielo", despreocupado de los bienes materiales, desvinculado de linaje, ciudad y familia, [todo ello ejemplificado perfectamente en su actitud ante la condena a muerte de sus hijos ("los engendré mortales") y su renuncia a herencias familiares], consideraciones que, como bien sabemos, luego el cinismo llevaría a la entronización. El clazomenio, recalca en la conclusión de libro Cappelletti, incluso asumió una actitud anti-política: "esta posición implica ... una doctrina igualitarista y anti-oligárquica, que se manifiesta en la idea de que una cosa se determina para nosotros por el predominio (cuantitativo) de tal o cual homeomería sobre las demás, de modo que el Ser aparece, como la Ley, decidido por la mayoría en una Asamblea. La superioridad de la Mente (Nous) sobre la otras cosas, lejos de suponer una teoría oligárquica de la inteligencia que debe caracterizar al político, implica una teoría de la superioridad del hombre

individual sobre lo dado (la tradición), y la igualdad, en principio, de todos los hombres que participan de un único *Nous* universal. Es claro, en todo caso, que si Anaxágoras pudo haber sentido preferencia por alguna "aristocracia", ésta sólo debe haber sido la del talento (o sea, la del *Nous*), ejemplificada magníficamente en Pericles y su círculo, la cual no es incompatible ni con el individualismo ni con el cosmopolitismo y ni siquiera con el igualitarismo y la democracia."

Cuesta comprender cómo alguien puede dedicar tanto tiempo de su vida al estudio sistemático de un pensador antiguo: acaso para sobrevivir como filósofo, o mera apariencia, o necia enfermedad. Más que ello, pareciera que el profesor Cappelletti encontró alguna cercanía con el clazomenio. Yo le conocí como un anarquista sabedor de miles de cosas, desinteresado de la familia -por ello, decía, podía escribir tanto-, como un argentino que sin añorar su patria amaba profundamente Latinoamérica (tanto como para recorrerla y hacer amigos en toda ella), un desapegado de los bienes materiales al punto de no saber qué hacer con su "excesivo salario" de profesor universitario en la Europa de los años sesentas, setentas e inicios de los ochentas, un desterrado de su patria que no vio problema en seguir indagando sus propias materias y razones en

una cuna nueva, un nuevo albergue que respetó su libertad, su profundo individualismo.

En Anaxágoras, "contemplación y libertad son el fin supremo de la vida humana": estas palabras me parecen estar recalculadas adrede por este gran maestro latinoamericano: acaso porque la sentía suyas.

La pérdida del profesor Cappelletti, oscurecida aún más por su no divulgación en nuestros círculos académicos, resulta frustrante para muchos (quien más que a mí mismo, siendo que había aceptado dirigirme una tesis doctoral), pero quizás sirva para valorar más su insigne labor, y a lo mejor, si en su patria se le respetó como lo merecía, él mismo haya podido pedir, como Anaxágoras, que la ciudad le recordase otorgándole vacaciones a los niños.

Notas

1. El *vōvs* anaxagórico más habla de una fuerza cósmica al modo de un "acto puro", aunque con la posibilidad de encontrarse en algunos seres de manera especial. El animismo que caracteriza esta filosofía no permite otorgarse la libertad de abrir la puerta de la espiritualización, propia de periodos más tardíos.

2. Pág. 308.

3. Cfr. D-K 59 A 29

Luis A. Fallas López
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica
email: lfallas@cariari.ucr.ac.cr